

Fecha: 18-04-2010

Sección: Opinión

Página: 5

CÓRDOBA



LA MUERTE EN ROMA

DESIDERIO
Vaquero
Gil *

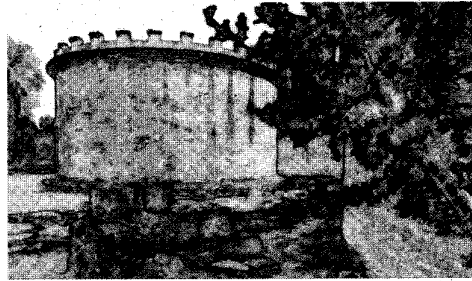


Dado el interés al respecto expresado por muchos de ustedes, comienzo con ésta una serie de colaboraciones que dedicaré a explicar cómo concebían y enfrentaban la muerte los romanos, con particular atención a la realidad cordobesa. Confío en dibujar un panorama preciso, aun cuando debo decirles, de entrada, que habré de dejar multitud de aspectos por el camino; porque es tanto lo que sabemos sobre la ritualidad funeraria en Roma, que se trata de una empresa verdaderamente difícil.

Según la tradición, el último hálito del agonizante era recogido con un beso por el familiar más cercano, evitando así al alma, que abandonaba el cuerpo en el momento en que éste exhalaba su postrer suspiro, caer en manos de espíritus malignos o víctima de maldiciones y conjuros. Fue también aspiración común morir en brazos de la persona amada, como refleja por ejemplo un epitafio de carácter métrico procedente de Egipto en el

que una viuda lamenta no haber podido ser ella quien lo hiciera en los de su esposo. Cumple con él, no obstante, el deber de piedad, dotándolo de una tumba digna y deseándole un buen descanso, aspiraciones últimas de todo ser humano con independencia de su ideología o su actitud ante el tránsito definitivo.

Desde el momento mismo en que se producía el fallecimiento, y tras cerrar los ojos al cadáver, se activaban numerosos protocolos bien tipificados y de fuerte valor simbólico que comenzaban con la conclamatio (gritar tres veces el nombre del difunto a fin de certificar su muerte), reproducida periódicamente hasta el momento mismo del entierro. Tal costumbre, mantenida hasta nuestros días en el caso de los Papas, era expresión de la condición de funesta que afectaba a la familia desde que se producía el óbito, mecanismo eficaz para fijar el alma al cuerpo tras haberlo abandonado, y arma poderosa contra las fuerzas del mal, a las que se pretendía disuadir con los gritos. Quizá con este mismo objeto, en muchos velatorios se hacía sonar periódicamente una caña rajada, además de música, cuando la familia podía permitírselo. Seguían las lamentaciones, entre las que ocuparon un lugar



"El cadáver era dispuesto con los pies mirando a la puerta, adornada al efecto por ramos de mirto, laurel o ciprés, para que todos supieran que allí se había producido una pérdida humana"

de preferencia el llanto, los golpes de pecho y el corte ritual del pelo. Con modos femeninos, nos dicen algunos autores antiguos que lloró Adriano la muerte de su favorito Antinoo, lo que, entre otras manifestaciones más o menos estentóreas, implicaba gritos desgarrados, aullidos de dolor, mesarse los cabellos, o arañarse el rostro y el pecho; todo ello muy poco propio de un hombre que representaba la más alta magistratura del Estado, y que contaba a sus espaldas con tanta experiencia militar y de gobierno.

Fue frecuente, en este sentido, la contratación de planideras (prae-ficae). Desde la Grecia clásica, en las mujeres descansaba buen parte del ritual post mortem (sупuestamente, por la carencia de pudor propia del carácter femenino a la hora de manifestar las emociones), considerado motivo de contaminación para el hombre, que en todo caso solo se acercaba al cadáver cuando ya había sido acicalado; algo que ha venido ocurriendo en muchas áreas rurales de las riberas del Mediterráneo hasta prácticamente nues-

tros días.

Al tiempo que comenzaban los llantos, se realizaba la deposición del cuerpo sobre la tierra, como una forma simbólica de devolverlo al vientre que lo engendró, y el lavado purificador, amortajamiento y perfumado del mismo, para exponerlo después en el atrio de la vivienda, como lugar destinado a la representación y la recepción de las visitas, o en una de las habitaciones exteriores, cuando se trataba de casas más modestas. El cadáver era dispuesto con los pies mirando a la puerta, adornada al efecto por ramos de mirto, laurel o ciprés (entre otros), para que todos supieran que allí se había producido una pérdida humana y que quien atravesara el umbral quedaba expuesto a la contaminación derivada de la muerte; porque la proyección pública del ceremonial funerario fue determinante en la sociedad romana desde que tenía lugar el fallecimiento (en ocasiones desde antes; y, siempre, mucho tiempo después), también para marcar públicamente el carácter impuro de la familia, que se mantenía hasta la ceremonia purificadora (suffitio) posterior al enterramiento y los sacrificios pertinentes (de víctimas animales, vino, incienso, flores, etc.) ante los Lares familiares.

A continuación comenzaba el velatorio, cuya duración podía oscilar entre uno y siete días (según la clase social o la capacidad económica), ante el temor cervical a la muerte aparente. Los romanos sintieron verdadero pánico ante la posibilidad de ser enterrados o quemados vivos y, de hecho, contamos con más de un relato contemporáneo sobre gente que recuperó la conciencia cuando ya se encontraba en la pira; a veces, demasiado tarde. Entonces no se contaba con los medios de diagnóstico actuales, y más de uno debió marcharse al otro mundo vivito y coleando. Como para no preocuparse; pero ¿hay alguien que no haya oído hablar de algún caso similar en cualquiera de nuestros pueblos? ≡

* Catedrático de Arqueología de la UCO

